

La misma Alemania, que jamás tiene a perder
parte por completo sus mios constantes y en las
se incurre, etc. etc. como que se ha orado
verde el valor indolente, la seriedad de la
con que tiene se trata el asunto por lo de su
alguna interinidad.

Jose J. HERRERO

Claudio B. Ochoa
SALAMANCA.

L'INTERMEZZO.

PRELUDIO.

Es en el antiguo bosque,
Es en la selva encantada;
Se respira el grato aroma
Que la flor del tilo exhala,
Y el fulgor maravilloso
De la luna solitaria,
Mi corazón va llenando
De delicias olvidadas.

Andando vóy, y á mi paso
El aire rompe su calma:
Es el ruiseñor que amores
Y penas de amores canta.

Canta el amor y sus penas,
Sus delicias y sus lágrimas;

Y llora tan tristemente,
Gime con dulzura tanta,
Que mil sueños olvidados,
En mi mente se levantan.

Sigo andando, y en un claro
De la selva abandonada,
Ante mí miro un castillo
Que alza sus viejas murallas.

Cerradas miré las rejas,
Todo era tristeza y calma;
Creí que tras de los muros
Sólo la muerte habitaba.

Vi una esfinge misteriosa
Ante la puerta parada,
Cuyo aspecto á un tiempo mismo
Atraía y espantaba:
De león era su cuerpo,
De león eran sus garras,
Y de mujer su cabeza,
Sus flancos y sus espaldas.

¡Una hermosa! prometía
Deleites con su mirada;
De sus labios arqueados,
En la sonrisa, vagaban
Promesas halagadoras,
Misteriosas esperanzas.

¡El ruiseñor en el bosque
Tan dulcemente cantaba!
Resistir no me fué dado,
Y desde que en hora infausta
Sellé con un beso ardiente
Aquella boca de lava,
Por un encanto invisible
Miré sujeta mi alma.

Viva tornóse de pronto
Aquella marmórea estatua:
Suspiros, tiernos suspiros
De su pecho se escapaban,
Y con sed devoradora,
Anhelante, apresurada,
Bebió de mi ardiente beso
La devastadora llama.

Vi que hasta el último soplo
De mi vida ella aspiraba,
Y que jadeante de goces,
Entre sus robustas garras
Mi pobre cuerpo cansado
Oprimía y desgarraba.

¡Goce y placer infinitos!
¡Dulce angustia! ¡Dicha amarga!
Mientras que de aquella boca
Los besos me embriagaban,
Sus duras uñas mi cuerpo
Sembraban de rojas llagas.

—«¡Oh bella esfinge! ¡oh amor!—
El ruiseñor lejos canta.—
¿Por qué, di, tantos dolores
A nuestras dichas enlazas?

»Revélame el triste enigma,
¡Amor! ¡esfinge adorada!
Que hace muchos, muchos siglos
Que en ellos piensa mi alma!»—

I.

En mayo, cuando los gérmenes
Revientan de vida llenos,
Cuando brotan las semillas,
Brotó el amor en mi pecho.

En mayo, cuando las aves
Entonan sus cantos bellos,
Confesé á mi dulce amada
Mi pasión y mis deseos.

II.

Mis lágrimas se truecan
En perfumadas flores,
Se tornan mis suspiros
Canoros ruseñores;
Las flores, si me quieres,
Te entregarán su cáliz perfumado,
Y dejará escuchar ante tus rejas,
El ruseñor su canto enamorado.

III.

Aves y luces y flores
Otras veces amé yo;
Tú eres hoy mi amor tan solo,
Niña de mi dulce amor;
Tú, que eres á un mismo tiempo
Para mi ardiente pasión
La estrella, y el blanco lirio,
Y la paloma, y la flor.

IV.

Olvido mis sinsabores
Cuando contemplo tus ojos,
Y embriagado de amores,
Al besar tus labios rojos
Cesan todos mis dolores.

Si en tu seno me reclino,
Me embarga goce divino;
Mas ¡ay! si dices «te amo,»
La frente en silencio inclino
Y amargo llanto derramo.

V.

Ven y apoya tu semblante
Sobre mi semblante yerto,
Para que en una se fundan
Las lágrimas que vertemos.

Tu corazón contra el mío
Aprieta en abrazo estrecho,
Para que abrasarlos pueda
La llama de un solo fuego.

Y cuando de nuestro llanto
Corra el torrente deshecho
Sobre la llama que ardiente
Va nuestro sér consumiéndose;
Y cuando cña mi brazo
Tu talle leve y esbelto,
En un trasporte de dicha
Espiraré satisfecho.

VI.

Quisiera que mi alma amante
Guardara de un blanco lirio
La corola perfumada,
Y que la flor anhelante
Entonara en su delirio
Una canción á mi amada.

Temblar la canción debía
Y en círculos palpitantes
Agitarse misteriosa
Como el beso de ambrosía
Que en horas ¡ay! ya distantes
Me dió su boca de rosa.

VII.

Siglo tras siglo, en la altura
Inmóviles las estrellas,
Al llegar la noche oscura
Se miran tristes y bellas
Con amorosa dulzura.

Su lenguaje luminoso
Por el espacio se extiende,
En el nocturno reposo,
Mas ningún sabio comprende
Su lenguaje misterioso.

Yo entiendo su voz callada
Y siempre la entenderé,
Que en el rostro de mi amada
Y en la luz de su mirada
Mi diccionario encontré.

VIII.

Yo te llevaré, bien mío,
Sobre el ala de mis cantos,
Te llevaré hasta las frescas
Márgenes del Ganges sacro;
Que allí conozco un retiro
Misterioso y solitario.

Un jardín allí florece,
Un jardín abandonado,
De la luna misteriosa
Bajo los serenos rayos;
Y en él, las flores del loto
Su hermana están esperando

Ríen allí los jacintos
Y contemplan á los astros,
Y al oído se refieren
Las blancas rosas, en tanto,
Murmuraciones gozosas
Y sucesos perfumados.

Las inocentes gacelas,
Por escuchar sus relatos,
Se van con ligera planta
Hasta el jardín acercando,
Y en los azules confines
Del horizonte lejano
Solemnes ruedan las aguas
Del turbio río sagrado.

Allí, bajo las palmeras,
Detendremos nuestros pasos,
Y su sombra misteriosa
Llevará hasta nuestros párpados
Sueños de calma inefable
Y de celestial encanto.

IX.

Soportar no puede el loto
Del sol los claros fulgores,
Y con la frente inclinada
Soñando espera la noche.

La luna, que es su adorada,
Lo despierta con sus rayos,
Y él descubre ante sus besos
Su semblante perfumado.

Y la mira y se enrojece,
Y se eleva ante la brisa,
Y llora y gime de amores
Agonizante de dicha.

X.

Por las ondas retratada
Del Rhin, que la ciñe amante,
Se alza la torre elevada,
De la catedral gigante
De Colonia la sagrada.

Dentro del templo sagrado
Y sobre cuero dorado
Hay pintada una figura:
Ella mi existencia oscura
De fulgores ha llenado.

Entre ángeles y entre flores
Sonríen sus labios rojos,
Y sus ojos seductores
Son iguales á los ojos
Del ángel de mis amores.

XI.

No me quieres, no me quieres,
Y no lloro tu desdén;
Mientras yo vea tus ojos
Más feliz que un rey seré.

Que me aborreces me dicen
Tus rojos labios, ¡mi bien!
Déjame besar tus labios
Y así me consolaré.

XII.

¡Oh! no jures y abrázame tan sólo;
No creo en juramentos de mujeres.
Dulce es tu voz, ¡mi bien! pero es más dulce
El beso que arrebató á tus desdenes.
Yo te poseo, y juzgo las promesas
Soplo vano que el viento desvanece.

Yo creo en tus palabras de consuelo;
¡Oh! jura, amada mía, jura siempre;
Yo me juzgo dichoso al reclinarme
Sobre tu seno de animada nieve;
Yo creo, luz de la existencia mía,
Que me amará tu pecho eternamente,
Y todavía aun más, si el pensamiento
Algo más que lo eterno soñar puede.

XIII.

Sobre los ojos de mi bien amada,
¡Cuántos hermosos cantos he escrito!
¡Cuánto terceto dulce
Hice á la boca de mi bien querido!

¡Y qué canción tan tierna y tan hermosa,
Qué espléndido soneto
A su infiel corazón escrito hubiera,
Si un corazón guardara allá en su pecho!

XIV.

Cada día es el mundo más absurdo.
¡Es estúpido el mundo! ¡el mundo es necio!
De tí dice, pequeña hermosa mía,
Que es irascible y desigual tu genio.

Peor á cada instante te conoce;
¡Es estúpido el mundo! ¡el mundo es necio!
No sabe cómo enervan tus abrazos
Y cómo abrasan tus ardientes besos.

XV.

Preciso es que tú hoy al fin me lo confieses:
 ¿Eres acaso tú vano delirio,
 Sueño que del cerebro del poeta
 Nace en las tardes del ardiente estío?

Pero no, que una boca tan riente,
 Que miradas tan dulces y tan tiernas,
 Que un sér tan cariñoso, un sér tan bello,
 Jamás pudo crearlos el poeta.

Basílicas, dragones y vampiros,
 Endriagos y animales fabulosos,
 Del poeta la ardiente fantasía
 Deshacer y crear puede á su antojo.

Pero tú y tu malicia encantadora,
 Y tu cara riente y hechicera,
 Y tus dulces y pérfidas miradas
 Jamás pudo crearlas el poeta.

XVI.

En todo el esplendor de su hermosura
 Como Venus saliendo de las ondas,
 Brilla hoy mi amada en toda su belleza;
 Célebrense hoy sus bodas.

¡Paciente corazón! ¡corazón mío!...
 No le guardes rencor por sus traiciones;
 ¡Sufre y perdona á tu adorada loca,
 Tus horribles dolores!

XVII.

Rencor yo no te guardo,
 Aunque mi pecho herido se desgarrá.
 ¡Mi dulce amor perdido para siempre!
 El tocado nupcial hoy te engalana,
 Pero ni un solo rayo de tus joyas
 Ilumina la noche de tu alma.

Lo sé hace mucho tiempo;
 Yo te he visto flotar en mis delirios;
 El fondo vi de tu alma, vi los áspides
 Que allí serpean con ardor sombrío,
 Y cómo tú en el fondo desdichada
 Eres también, amada mía, he visto.

XVIII.

Si tú eres desdichada, y te perdono,
 ¡Ambos debemos ser desventurados!
 ¡Hasta que al fin la muerte nos sorprenda,
 Debemos ser desventurados ambos!

Veo la mofa, que voltea alegre
 En torno de tus labios;
 Veo el brillo insolente de tus ojos;
 Veo el orgullo hinchando
 Tu seno, y «miserable, miserable
 Eres cual yo,» me digo sin embargo.

Tus labios mueve sufrimiento oculto:
 Duerme una amarga lágrima en tus párpados,
 Y en quejas tristes de secreta pena
 Está tu seno altivo rebosando:
 ¡Amada de mi vida,
 Los dos debemos ser desventurados!
